

le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo: pregunté que como aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales (1): desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que así puedes tú llevar á tu

valerosas: porque desde niño manifestó su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada: *Las Niñeras del Duque de Osuna*. El gobierno de su virreynato de Nápoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor extraordinario y pericia militar, especialmente contra los turcos, es famoso en la historia, que tampoco olvida la parte que tuvo en él su secretario Don Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y spléndida de su cuna, le hacían un señor muy grande; y la naturaleza le hizo un señor muy pequeñito. Consta en efecto que era pequeño de cuerpo. En conclusión (dice Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del Duque) *él fue uno de los hombres grandes de su siglo, que de pequeño no tenía otra cosa que la estatura*. Di pichello non lieves altro che la natura. (*Teatro de los Gobiernos de los Príncipes de Nápoles*: tom. II, p. 119.)

(1) Esta era en efecto la costumbre en tiempo de Cervantes. *Quando selga el señor fuera de casa á pasear, ó hacer alguna visita, ha de ir el caballerizo detrás á caballo, llebta el año de ésta*. Don Miguel Yáñez en su *Tratado de servir á Príncipes*. (fol. 64.)

barbero, que los usos no viniéron todos juntos, ni se inventáron á una, y puedes ser tú el primero Conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey, y el hacerme Conde. Así será, respondió Don Quixote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO XXII.

*De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.*

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor Árábigo y Manchego en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho

Panza su escudero pasaron aquellas razones, que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quixote alzó los ojos y vió, que por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido dixo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. ¿Como gente forzada? preguntó Don Quixote: ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente, que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolución, replicó Don Quixote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Así es, dixo Sancho, en esta manera, dixo su amo, aquí encaxa la execucion de mi oficio, desfacer fuerzas; y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la jus-

ticia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas, por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dixesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dixo: aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas, ni á leerlas, vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren; que si querran, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellas-querias. Con esta licencia, que Don Quixote se tomara, aunque no se la dieran,

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA  
ALFONSO REYES  
MADRID

010291

se llegó á la cadena, y al primero le preguntó, que porque pecados iba de tan mala guisa. El le (i) respondió, que por enamorado iba de aquella manera. ¿Por eso no mas? replicó Don Quixote. Pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los míos fuéron, que quise tanto á una canasta de colar atizada de ropa blanca, que lá abracé conmigo tan fuertemente que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabóse la obra. ¿Que son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dixo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor.

¿Pues como? repitió Don Quixote; por músicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dixo Don Quixote, que quien canta sus males espanta. Acá es al reves, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda su vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: señor caballero, cantar en el ansia, se dice entre esta gente non santa, confesar en el tormento: á este pecador le diéron tormento y confesó: su delito era ser quatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenáron por seis años á galeras, amen de docientos azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida, ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo



así, respondió Don Quixote, el qual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el qual de presto y con mucho desenfado respondió y dixo: yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener á donde comprar lo que ha menester: digolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia y basta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el qual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condeñado le sirvió de lengua, y dixo: este hombre honrado va por quatro años á galeras.

habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote: y la culpa porque le diéron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero decir, que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio no merecía el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser General dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necessárisimo en la Republica bien ordenada, y que no le debía exercir sino gente muy bien nacida: y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se excusarian muchos males, que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á ménos, pagecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas

necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha (1). Quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la Republica habian de tener tan necesario officio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahute, me la

(1) De la misma peligrosa opinion era un poeta contemporáneo de nuestro autor, que escribió un elogio de la alcahuetria, donde se leen estas versos:

*No me angustia afición. Usar debiera*

*Este ejercicio óptimo dignamente.*

*La gente en ciencia y calidad primera.*

*Un examen discreto y diligente*

*Se había de hacer para otorgar el grado,*

*Y un colegio también para tal gente.*

(Biblioteca Real: est. M. cod. 85, p. 75.) Esta arrisegada doctrina reprehende el P. Fr. Juan de la Cerda, que hablando de esta teorica dice: *anda en este tiempo (quo era el de Cervantes) recibida de algunas la opinion de que no es baxeza el usar de tal officio, no haciéndole por interes; como si por esto no fuesen dignas del nombre de alcahuetas, etc.* (Vida politica de todos los estados de las mugeres: tom. II, p. 484.)

ha quitado el adjunto descr hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrio, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahute no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dexar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y tuvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á quatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito,

el qual respondió con nó ménos, sino con mucha mas gallardía que el pasado : yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías : finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que nó háy sumista que la declare : prohibóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vine á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años : consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dixo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro : un poco venía diferentemente atado que

los demas, porque traía una cadena al pie tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pie de amigo, de la qual descendían dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote, que como iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda : porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les habia de huir. ¿Que delitos puede tener, dixo Don Quixote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil : no se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Se



ñor comisario, dixo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voace dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladrón de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dixo la guarda. Si llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enlada con tanto querer saber vidas ajenas: y si la mía quiero saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dixo el comisario, que él mesmo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la cárcel en docientos reales. Y le pienso

pienso quitar (1), dixo Gines, si quedaran docientos ducados. ¿Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos quantos de aquel género se han escrito, ó escribieren: lo que le sé decir á voace, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y como se intitula el libro? preguntó Don Quixote. La Vida de Gines de Pasamonte, respondió él mesmo. ¿Y está acabado? preguntó Don Quixote. ¿Como puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya sé á que sabe el bizecocho y el corbacho (2), respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras

(1) Desempeñar.

(2) El rebuque ó latigo.

de España hay mas sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil parece, dixo Don Quixote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dixo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le diéron esa vara para que maltratase á los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiasé y llevase adonde su Magestad manda: si no por vida de.... Basta, que podría ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua, y volviéndose á todos los de la cadena, dixo: de todo quanto me habeis dicho, hermanos carisimos, he sacado

en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser, que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades: todo lo qual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en el la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y oprimidos de los mayores; pero porque sé, que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desatarnos y dexaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza



hizo libres : quanto mas, señores guardas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros, y quando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario : bueno está el donayre con que ha salido á cabo de rato : los forzados del Rey quiere que le dexemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo : váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacina que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió Don Quixote : y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal

herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedáron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento ; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á Don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaba : y sin duda lo pasara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procurarau, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la qual apuntando al uno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciósse mucho

Sancho deste suceso, porque se le representó, que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la qual á campana herida saldría á buscar los delinquentes, y así se lo dixo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dixo: de gente bien nacida es, agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitude: digolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habeis recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su Caballero el de la Triste Figura, se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta fa-

mosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura (1). Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dixo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, y procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montaje de la señora Dulcinea del Toboso en alguna can-

(1) El libertar á los presos los caballeros andantes, y enviarlos á que se presentasen á sus señoras, entraba en el plan de sus proesas, y así entró en el Don Quixote, que en esto imitó tambien á Amadís de Gaula, que, teniendo vencido al gigante Mazarque, le concedió la vida con condicion; que habia de hacerse cristiano él y sus vasallos; que habia de fundar en sus tierras iglesias y monasterios; y que habia de soltar todos los presos que tenia en sus cárceles, los quales eran ciento; y habia entre ellos treinta caballeros, y quarenta entre dueñas y doncellas, á quienes dixo Amadís quando llegaron á besarle agradecidos la mano que: *fuesen á la Reyna Brisena, y le dixesen como los enviaba su caballero de la Isla Firme, y que le desasen las manos por él.* (Lib. III, cap. 65.)

tividad de Ave Marias y Credos, que nosotros dirémos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo, ó reposando, en paz, ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dixo Don Quixote; (ya puesto en cólera) don lijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuéstas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, (estando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad) viéndose tratar (k) de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, quasi fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia





de la nube y pedrisco que sobre entrámbos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quixote, que no le acertasen no sé quantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que diéron con él en el suelo: y apenas hubo caído, quando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo (c) pedazos: quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grevas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gaban, y dexándole en pelota, repariéndole entre sí los demas despojos de la batalla, se fuéron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quixote, el jumento cabizbaxo y pensativo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos: Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra

pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quixote mohinísimo, de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

---



---

### CAPÍTULO XXIII.

*De lo que le aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.*

VIÉNDOSE tan mal parado Don Quixote, dixo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos, es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dixiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentará desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy Turco; pero pues dice, que si me hubiera creído se hubiera excusado este

daño, créame ahora, y se excusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por quantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece, que sus saetas me zumban por los oídos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dixo Don Quixote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie, que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dixeres, y no me repliques mas, que en solo pensar, que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce Tribus de Is-



rael, y á los siete Mancochos (1), y á Cástor, y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia, y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame, que el cañete me dice, que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subió Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas as-

(1) Así se lee en las primeras ediciones, pero acaso en el original del autor se leeria *Morabos*, palabra fácil de equivocarse en la imprenta con la de *mancochos*, en la Historia eclesiastica se habla de siete hermanos mártires; pero no consta que fuesen mancochos, y la hermandad más famosa y conocida es la de los siete Macabéos.

perezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto, que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscáron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, aloménos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la mesma parte donde habia llevado á Don Quixote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dexó dormir: y como siempre los malos son desagracedidos,



y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe (1), y el remedio presente venza á lo porvenir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza (2), no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida, Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese, se halló bien lèjos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra, y entristiciendo á Sancho Panza, porque halló ménos su rucio, el qual viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quixote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis (3) que ga-

(1) Así en todas las ediciones. Acaso en el original del autor se diría á lo que no se debe.

(2) Véase una nota de la Segunda Parte: cap. IV.

(3) Como no corría entonces tanto la moneda, valian mas baratos los comestibles. En la *Historia* de Lope convida á comer la vieja Gerarda á otra vieja amiga suya, y tratándola

nabas cada dia, mediaba yo mi despensa. Don Quixote que vió el llanto, y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dexado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á Don Quixote la merced que le hacia; el qual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánsese á la memoria los maravillosos acaecimientos

---

de distribuir quatro reales que le daba Laurencio, criado de Don Bela el indiano, dice en la pag. 227: *he aquí la olla: una libra de cornero catorce maravedis, media de vaca seis, son veinte y de tocino un quarto, otro de carbon, de perejil y cebollas dos maravedis, y quatro de aceitunas, es un real cabal: pues tres reales de vino entre dos mugeres de bien es muy poca manifiestura: no hay para dos señores; añade, así Dios te ayude los dias de la vida. Laurencio. ¿ Tres reales de vino, voliendo á doce maravedis la azumbre? Es verdad que mas adelante por los años de 1614, quando escribia Cervantes la Segunda Parte, valia en la Corte el pan á real, y la libra de cornero á cinco quartos, si no estaba mal informada la muger de Sancho Panza en su carta á la duquesa. (Cap. LII.)*

que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes : iba pensando en estas cosas tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado ( despues que le pareció que caminaba por parte segura ) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, sentado á la mugeriega (*d*) sobre su jumento , sacándo de un costal, y embaulando en su panza : y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera , un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caido en el suelo, por lo qual se dió prisa á llegar á ayudarle, si fuese menester, y quando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos ; más pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease (*e*) á tomarlos, y mandóle su amo que viesé lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo

roto

UNIVERSITÄT ZÜRICH  
BIBLIOTHEK  
S. 117  
1871



roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen moutoncillo de escudos de oro, y así como los vió dixo: bendito sea todo el ciclo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho, y buscando mas, halló un librito de memoria ricamente guarnecido: este le pidió Don Quixote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbajando á la baliya de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: pareceme, Sancho, (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salticándole mandrines, le debieron de matar, y le truxeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aquí este dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y así no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, verémosi en este librito de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que



deasemos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera :

O le falta al amor conocimiento ,  
O le sobra crueldad , ó no es mi pena  
Igual á la oración que me condena.  
Al género mas duro de tormento.

Pero si amor es Dios, es argumento  
Que nada ignora, y es razon muy buena  
Que un Dios no sea cruel. ¿Pues quien ordena  
El terrible dolor que adoro y siento ?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,  
Que tanto mal en tanto bien no cabe,  
Ni me viene del cielo esta ruina.

Pronto habré de morir, que es lo mas cierto,  
Que al mal de quien la causa no se sabe,  
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Que hilo está aquí? dixo Don Quixote. Párceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dixé sino Fili, respondió Don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del ar-

te (1). ¿Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quixote, y veráslo quando lleves una carta escrita en verso de arriba abaxo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la ciudad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es, que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu, que de primor (2). Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quixote, y dixo: esto es prosa, y pa-

(1) Aquí se califica Cervantes á sí mismo de razonable poeta, supuesto que él es autor de este soneto, que repitió como suyo en la tercera jornada de su comedia de la *Casa de los Zelos*, y *Selas de Ardenia*, en boca de Reginaldo, solo que en el de Don Quixote se habla con Fili:

*Si digo que sois vos, Fili, no acierto:*  
y en el de la comedia se habla con Angelica:

*Si digo que es Angelica, no acierto.*

(2) Poeta y musico fue con efecto Amadís, caballero andante de la ciudad pasada; pero sus canciones carecen verdad-

rece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote, y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decia desta manera:

*Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte, donde ántes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Descácháteme ¡ó ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendí que eras Ángel, y por*

deramente no menos de primor que de espirita, como se ve por esta:

*Leonoreta sin roseta,  
Blanca sobre toda flor:  
Sin roseta no me meta  
En tal culpa vuestro amor, etc.*

(Anales de Guala: lib. II, cap. 56.)

*ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste (f), y yo no tome venganza de lo que no deseo.*

Acabando de leer la carta, dixo Don Quixote: ménos por esta que por los versos se puede sacar, mas de que quien la escribió es algun desdichado amante: y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta sin dexar rincón en toda ella ni en el coxín, que no buscasse, escudriñase é inquireiese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vo-

mitar del bhebage, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montaña que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata

con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del coxin y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del (g) asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que toposen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta prieta se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra mer-



ced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones: y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dixo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodeadémos esta serrezuela, quizá toparémos aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: harte mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el Rey me hacia franco. Engánaste en eso, Sancho, respondió Don Quixote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, casi de-

lante (1), estamos obligados á buscarle y volvérselos: y quando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el búscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo: y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado (h) jumento: y habiendo rodeado parte de la montaña, halláron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del coxín. Estándola mirando, oyéron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quixote, y rogóle que laxase donde estaban. El respondió á gritos, que quien les había traído

(1) Este lugar, defectuoso en las dos ediciones primeras, haría sentido añadiendo estas palabras: *de aquí adelante*; ó estas otras: *á quien tenemos á tuernos casi delante*.

por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho, que baxase, que de todo le darian buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote estaba, dixo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por allí su dueño? No hemos topado á nadie, respondió Don Quixote, sino á un coxín y á una maletilla, que no léjos deste lugar hallámos. También la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algún desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber como ni como no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dexé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dixo Don Quixote, ¿sabéis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo

que sabré yo decir, dixo el cabrero, es, que habrá al pie de seis meses poco mas á ménos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que allí está muerta, y con el mesmo coxín y maleta que decís que hallásies y no tocásies: preguntónos que qual parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dixímosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entráis media legua mas adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de como habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalámos, dexándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónces nunca mas le vímos, hasta que desde allí á algunos días salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decirle nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó



quanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos con la noticia que de ellos teníamos, nos diéron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortemente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dixese quien era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que quando hubiese menester el sustento, sin el qual no podia pasar, nos dixese donde le halláramos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que aloménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agra-

decíó nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En quanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dixo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y qual le veíamos entónces, porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortes y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en que habia de parar aquel emblesamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran



rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos, que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia, diciendo: ¡ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me heciste (2), estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos xarales y malezas, de modo que nos impossibilitó el seguille: por esto conjeturámos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostraba el término

á que le habia conducido: todo lo qual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque, quando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y quando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinámos yo y quatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallémos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la Villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curarémos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quien es, quando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallásteis, es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza, como des-

nudez: (que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el qual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su traje era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quixote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traía, no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludés con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le

tuvo

tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

---

#### CAPÍTULO XXIV.

*Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.*

DIXE la historia, que era grandísima la atencion con que Don Quixote, escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto,